Encuentro con el pasado

El que busca encuentra, dicen. Pero la verdad es que no es así, al menos la mayoría de las veces. Quizá sí se encuentra, aunque no lo pensado. Buscando y buscando un papel perdido terminé encontrado algo mejor en realidad. Aquella tarde cuando el sol nos regalaba su último recuerdo y el aroma de las azucenas se colaba por la ventana, me encontré con el pasado. Pasado incierto y del cual no sabemos nada en verdad. ¿Qué nos hace creer que lo que nos dijeron de aquellos tiempos lejanos en los que ni existíamos sea verdad?

Entre los papeles y recortes encontré una fotografía. Parecía desgastada por los años y el daño de la luz. Se veía débil y quebradiza, casi abstracta e imaginaria al igual que el pasado que recreamos en nuestra mente con retazos de fotografías imaginarias. El problema es cuando estas fotografías que otros amablemente nos regalaron para conformar nuestra imagen son en realidad réplicas borrosas pero a su vez pulidas y perfeccionadas por el paso del tiempo y lo que quisieron quedarse de él.

En la parte de atrás se leía con caligrafía apurada y graciosa, como si se hubiese hecho de forma despreocupada sonriendo ante el recuerdo: "*Últimos momentos del encuentro veintiuno*". Al dar vuelta la foto se apreciaba un grupo de mujeres y hombres vestidos elegantemente, luciendo sus mejores trajes de gala. Casi se podía sentir la suavidad de las telas en los vestidos de confección, se podía imaginar el tiempo dedicado a los elaborados moños y rizos perfectos y sentir el aroma cargado de delicadas fragancias era parte de la experiencia. Todos los rostros lucían despreocupados, las sonrisas salían con naturalidad en esa toma capturada casualmente de un mundo que parecía ideal.

Reconocer a mis abuelos fue casi automático, en especial habiendo encontrado la foto dentro de su casa. Todo resultaba tan extraño, la imagen seria y disciplinada de sus formas actuales no parecía corresponderse con aquella reunión que se suspendía en el tiempo conservando cierta atemporalidad. Si se trataba de una reunión de amigos, qué le confería esa formalidad para denominarla encuentro veintiuno.

Hallar respuestas empieza por aguzar los sentidos y recordar. Sí, darle utilidad a los recortes de fotografías visuales prestadas que ahora forman parte de

nuestros recuerdos. Haciendo eso mismo noté los bordes irregulares como si de algo rasgado a mano se tratase y la textura parecida a la empleada en el papel de revistas. Esto más el hecho de la gran colección de revistas que tienen mis abuelos en la parte baja de la casa me hicieron pensar que se había extraído la imagen de allí para que los que miraran casualmente las revistas no la encontraran.

Corrí por las escaleras y al llegar me sumergí en aquel mar de papeles y recortes pasados, en busca de aquella sección que pudiese relatar el paso de los años. Y de nuevo allí me encontré buscando y buscando y como no tenía algo fijo en mente creo que es por eso que encontré. Una cantidad de revistas pequeñas, parecían poco profesionales y estaban tituladas "*Colección de encuentros"* y cada volumen señalaba de qué número de encuentro se trataba.

Allí estaba la impresión número veintiuno y entre sus páginas señalaba:

"La velada resultó en una de las más memorables que quedará para la historia. El soporte construido expresamente para la ocasión fue de una altura de 21 metros, en alusión a la cantidad de encuentros cumplidos. De esta forma culmina con éxito el ciclo de encuentros para los convocados de este grupo. Las invitaciones para los siguientes serán enviadas mañana mismo. El vínculo con la descendencia de los participantes nunca será disuelto."

A continuación se incluía una secuencia de fotografías primero al inicio del encuentro, luego se mostraba la estructura, la siguiente revelaba a una parte del grupo anterior desde el suelo observando mientras que los restantes estaban sostenidos en el aire en un salto desde la plataforma. Los vestidos elegantes se hacían pomposos por el movimiento y velocidad del salto, algunos se daban la mano durante la caída y cada uno sostenía en su mano un paraguas abierto. A pesar de la distancia se lograba ver sonrisas en los rostros. En el lugar de la próxima fotografía había un espacio vacío, el recorte que tenía en la mano y correspondía a los momentos finales.

Con manos resbalosas por la emoción y el corazón acelerado fui en búsqueda de la primera edición. Pasé la mirada renglón tras renglón, absorbiendo rápidamente el contenido de las palabras introductorias. Se trataba de una sociedad secreta conformada voluntariamente por jóvenes arriesgados y

aventureros. Contaba con una gran organización y compromiso y el requisito fundamental era realizar un acto de riesgo y aventura en cada encuentro. El secretismo no podía romperse y la adhesión era por invitación o lazos familiares.

Todo aquello parecía irreal pero las pruebas estaban delante de mis ojos. A las fotografías mentales que me habían compartido les faltaba un fragmento al igual que la copia de revista a la que se le extrajo un recorte. Una vez más el pasado revelaba uno de sus secretos que nadie nunca podrá confirmar, porque al igual que la percepción en los recuerdos, no es comprobable.

La emoción llegó a mis ojos en forma de lágrimas de alegría. Aquello me confería un conocimiento secreto que extrañamente me creó una sensación de cercanía. Sentir conocer mejor a aquellas dos personas que formaban parte de mi vida, pero esta vez no a través de una vaga imagen desdibujada y perfeccionada sino de una tangible y auténtica.

Dejé todo en su lugar y llevé el recorte conmigo. Subí a la planta alta donde se encontraba mi habitación. El silencio en seguida me dejó en estado de tranquilidad y me aproximé a mi cama. Allí, sobre las sábanas tendidas prolijamente reposaba una carta sellada que rezaba en su exterior "*Invitación al encuentro número sesenta y cuatro".*

Fleur